

MARCEL PROUST

*El asunto Lemoine*





## I

### En una novela de Balzac

UNO DE LOS ÚLTIMOS MESES del año 1907, en una de aquellas veladas que organizaba la marquesa de Espard a las que se apresuraba a asistir la élite de la aristocracia parisina (la más elegante de Europa, en palabras del señor de Talleyrand, ese Roger Bacon de la naturaleza social que fue obispo y príncipe de Benevento), el señor de Marsay y Rastignac, el conde Félix de Vandenesse, los duques de Rhétoré y de Grandlieu, el conde Adam Laginski, la señora de Octave de Camps y lord Dudley formaban un corro alrededor de la Princesa de Cadignan, sin con ello provocar, no obstante, celos en la marquesa. ¿Acaso no es en realidad una de las grandezas de la anfitriona de la casa —esa carmelita del triunfo mundano— el deber inmolar su coquetería, su orgullo, incluso su amor,

por la necesidad de conseguir un salón en el que a veces sus rivales sean el ornamento con mayor acicate? ¿Acaso no la iguala eso a una santa? ¿No se merece esa parte de paraíso social por la que ha pagado tan alto precio? La marquesa, una dama Blamont-Chauvry, pariente de los Navarreins, de los Lénoncourt, de los Chaulieu, tendía a cada recién llegado aquella mano que según Desplein, el mayor sabio de nuestra época, sin excluir a Claude Bernard, que fuera alumno de Lavater, era la mano más profundamente calculada que había tenido ocasión de examinar con sus ojos. De repente, se abrió la puerta para dar paso al ilustre novelista Daniel d'Arthez. Solamente un físico del mundo moral que tuviese al mismo tiempo el genio de Lavoisier y de Bichat, el creador de la química orgánica, sería capaz de aislar los elementos que componen la sonoridad especial del paso de los hombres superiores. Se habrían ustedes estremecido al oír resonar el de d'Arthez, sólo podía andar así un genio sublime o un gran criminal. Aunque, ¿no es el genio, sino una especie de crimen contra la rutina del pasado que nuestro tiempo castiga con mayor severidad que al crimen propiamente dicho, pues mueren los sabios en el hospital, lugar más triste que el presidio?

Athénaïs no cabía en sí de gozo al ver que volvía a su casa el amante que esperaba arrebatarse a su mejor amiga, de modo que estrechó la mano de la princesa manteniendo esa

calma insondable que poseen las mujeres de la alta sociedad en el momento preciso en que te clavan un puñal en el pecho.

—Me alegro por usted, querida, de que haya venido el señor d'Arthez —le dijo a la señora de Cadignan—, y más aún porque será una sorpresa total la que se llevará, ya que no sabía que estaría usted aquí.

—Sin duda creía que vería al señor de Rubempré, cuyo talento admira —respondió Diane haciendo una mueca dulzona que disimulaba el sarcasmo más mordaz, ya que se sabía que la señora de Espard no le perdonaba a Lucien haberla abandonado.

—¡Ay, tesoro! —contestó la marquesa con una desenvoltura sorprendente—, no podemos retener a esa clase de personas, Lucien correrá la suerte del pequeño de Esgrignon —añadió confundiendo a los presentes con la infamia de aquellas palabras, cada una de las cuales era una flecha afilada para la princesa. (Véase *El gabinete de antigüedades*.)

—¿Habla usted del señor de Rubempré? —dijo la vizcondesa de Beauséant, a la que no se había vuelto a ver en sociedad desde la muerte del señor de Nueil y que, como le suele ocurrir a la gente que ha vivido durante mucho tiempo en provincias, se relamía con la idea de sorprender a los parisinos con alguna noticia de la que se acababa de enterar—. Como sabrán, es el prometido de Clotilde de Grandlieu.

Todos le hicieron señas de callarse a la vizcondesa, ya que la señora de Sérizy desconocía aún ese enlace, que iba a sumirla en la desesperación.

—Me lo han asegurado, pero quizá no sea cierto —prosiguió la vizcondesa que, sin entender exactamente el motivo de su torpeza, lamentó haber sido tan poco circunspecta.

—No me extraña lo que dice —añadió—, pues estaba yo sorprendida de que Clotilde se enamorase de alguien con tan poco atractivo.

—Muy al contrario, nadie lo cree así, Claire —exclamó señalando a la condesa de Sérizy que estaba escuchando.

Pero la vizcondesa no podía captar el sentido de aquellas palabras, al ignorar por completo la relación de la señora de Sérizy con Lucien.

—Nada atractivo —intentó corregir—, nada atractivo... ¡al menos para una muchacha joven!

—Imagínese —exclamó d'Arthez antes incluso de haberle dejado el abrigo a Paddy, el famoso criado del difunto Beaudenord (véase *Los secretos de la princesa de Cadignan*), que permanecía ante él con la especial inmovilidad que caracterizaba a la servidumbre del Faubourg Saint-Germain—. Sí, imagínense —repitió el gran hombre con ese entusiasmo propio de los pensadores y que queda tan ridículo en medio de la hipocresía de la alta sociedad.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que tenemos que imaginarnos? —preguntó con ironía de Marsay dirigiendo a Félix de Vandenesse y al príncipe Galathione aquella mirada con doble intención, privilegio indudable de los que habían vivido durante mucho tiempo en la intimidad de la SEÑORA.

—¡Ziempge dando en el clafo! —replicó el barón de Nucingen, con la horrible vulgaridad de los nuevos ricos que creen distinguirse e imitar a los Maxime de Trailles o a los de Marsay utilizando rúbricas de lo más ordinarias—; y que fondad tiene usted; es usted el fegdadejo pjotectog de los pofjes en la Cámaga.

(El famoso financiero, por otro lado, tenía sus particulares razones para estar resentido con d'Arthez, que no lo había apoyado suficientemente cuando el antiguo amante de Esther había intentado, en vano, que recibieran a su esposa, apellidada Goriot de soltera, en casa de Diane de Maufrigneuse.)

—Fenga, fenga, señog, me colmajá de gozo si me consideja digno de safeg qué debemos imaginagnos.

—Nada —contestó de forma oportuna d'Arthez—, hablaba con la marquesa.

Lo dijo en un tono tan pérfidamente epigramático que Paul Morand, uno de nuestros secretarios de embajada más impertinentes, murmuró:

—¡No hay quien pueda con él!

Al sentirse burlado, notó que le subía un escalofrío por la espalda; a la señora Firmiani le sudaban los pies en las zapatillas, una de las obras maestras de la industria polaca. D'Arthez fingió no percatarse de la farsa que se acababa de representar, la cual tenía una profundidad que sólo puede darse en la vida parisina (lo que explica por qué las provincias han dado siempre tan pocos grandes hombres de Estado a Francia) y, sin detenerse en la bella Négrepelisse, se volvió hacia la señora de Sérizy con esa tremenda sangre fría que consigue superar los mayores obstáculos (¿haylos, para las almas nobles, que sean comparables a los del corazón?):

—Señora mía, acabamos de descubrir el secreto de la fabricación del diamante.

—Este asunto es un tesoro de los de fealdad —exclamó el barón, deslumbrado.

—Y yo que pensaba que siempre los habíamos fabricado —respondió Léontine con ingenuidad.

La señora de Cadignan, como mujer de buen gusto que era, se abstuvo de decir nada, a diferencia de lo que habría hecho cualquier burguesa, que se habría mezclado sin más en la conversación para mostrar neciamente sus conocimientos de química. Pero no había acabado aún la señora de Sérizy aquella frase que revelaba una increíble ignorancia, cuando Diane envolvió totalmente la condena con una mirada sublime que solamente Rafael habría sido capaz de pintar. Y,

sin duda, de haberlo logrado, le habría dado una semejante a su célebre *Fornarina*, su lienzo más sobresaliente, el único que hace que los entendidos lo sitúen por encima de André de Sarto.

Para entender el drama que viene después, y para el que la escena que acabamos de narrar puede servir de introducción, son precisas unas palabras de explicación. A finales del año 1905, en las relaciones entre Francia y Alemania imperaba una terrible tensión. Ya fuese porque Guillermo II pensaba realmente declararle la guerra a Francia, o porque solamente le hubiese gustado que así se creyera para romper nuestra alianza con Inglaterra, el embajador de Alemania recibió la orden de anunciarle al gobierno francés que iba a presentar su carta de retirada. Los reyes de las finanzas apostaron entonces a la baja, ante la noticia de una movilización próxima, y se perdieron considerables cantidades en la Bolsa. Durante todo un día se vendieron valores, que el banquero Nucingen (avisado en secreto por su amigo, el ministro de Marsay, de la dimisión del canciller Delcassé, que no se supo en París hasta alrededor de las cuatro) volvió a comprar a un precio ridículo y que aún posee.

No hubo nadie que no estuviera a favor de la guerra, ni siquiera Raoul Nathan, aunque el amante de Florine apoyó en su diario la paz a cualquier precio a partir del momento en el que du Tillet, a cuya cuñada había querido seducir

(véase *Una hija de Eva*), lo hubo llevado a la quiebra en la Bolsa.

Sólo salvó a Francia de una guerra desastrosa la intervención, ignorada durante mucho tiempo por los historiadores, del mariscal de Montcornet, el hombre más importante de su siglo después de Napoleón. Ni el propio Napoleón pudo llevar a cabo lo que fue la gran idea de su reinado, la invasión de Inglaterra. Napoleón, Montcornet, ¿acaso no hay entre estos nombres una especie de parecido misterioso? Eludiría afirmar que no existe entre ellos ningún lazo de unión oculto. Quizá nuestra época, tras haber dudado de todas las grandes cosas sin intentar comprenderlas, se verá forzada a volver a la armonía preestablecida de Leibniz. Es más, el hombre que estaba entonces a la cabeza del más colosal negocio de diamantes de Inglaterra se llamaba Werner, Julius Werner, ¡Werner! ¿No les parece que este nombre evoca curiosamente la Edad Media? Sólo con oírlo, ¿no ven ya al doctor Fausto, inclinado sobre sus crisoles, junto a Margarita o sin ella? ¿No lleva implícita la idea de la piedra filosofal? ¡Werner! ¡Julius! ¡Werner! Cambien dos letras y ya tienen Werther. *Werther* es de Goethe.

Julius Werner utilizó a Lemoine, uno de esos hombres extraordinarios a los que si les sonrío el destino se llaman Geoffroy Saint-Hilaire, Cuvier, Iván el Terrible, Pedro el Grande, Carlomagno, Berthollet, Spallanzani o Volta, pero

que si no se da esa circunstancia, acaban como el mariscal de Ancre, Balthazar Claes, Pugachev,<sup>2</sup> Torquato Tasso, la condesa de la Motte<sup>3</sup> o Vautrin. En Francia, la patente que otorga el gobierno a los inventores no tiene ningún valor en sí. Ahí es donde se debe buscar el motivo que paraliza cualquier gran empresa industrial en nuestro país. Antes de la Revolución, los Séchar, esos gigantes de la imprenta, utilizaban aún prensas de madera en Angulema, y los hermanos Cointet dudaban en comprar la segunda patente de impresor. (Véase *Las ilusiones perdidas*.) En efecto, pocos fueron los que entendieron la respuesta que dio Lemoine a los gendarmes que fueron a detenerlo.

—¿Qué? ¿Que Europa me va a abandonar? —exclamó el falso inventor, con gran pavor.

La noticia, que circuló por los salones del ministro Rastignac durante la noche, pasó inadvertida.

—¿Se habrá vuelto loco este hombre? —dijo el conde de Grandville, sorprendido.

Precisamente, quien tenía que hablar en nombre del ministerio público en cuanto a este asunto era el antiguo

---

2. Impostor que se hizo pasar por Pedro III de Rusia. (*Nota del editor*)

3. El conde y la condesa de la Motte protagonizaron el famoso asunto del collar de la reina, bajo Luis XVI. La condesa escribió panfletos virulentos sobre el asunto desde Inglaterra. (*N. del E.*)

pasante del abogado Bordin, que había recuperado recientemente, gracias al matrimonio de su segunda hija con el banquero du Tillet, el trato de favor que había perdido con el nuevo gobierno debido a su alianza con los Vandenesse, etc.<sup>4</sup>

---

4. Los nombres de este párrafo aparecen en *Una doble familia* y *Una hija de Eva*. (N. del E.)